

Nuestro museo de la memoria

Alberto Salcedo Ramos



Foto de Jorge Olmos Sgrosso de la Gaceta de Tucumán.

Si hiciera un Museo Nacional de la Memoria incluiría, forzosamente, algunas estampas obvias de nuestro conflicto armado:

El rostro de las víctimas,
el rastro de los verdugos,
la Biblia de los dolientes,
las voces de todos,
los animales escuálidos abandonados en pueblos fantasmas,
los cobertizos de los desplazados.

Los agujeros en la pared,
la hamaca improvisada como ambulancia,
el barro de la trocha transitada por el herido,
el agua del río donde fue arrojado el cadáver sin identificar.

A ese museo no podrían faltarle elementos de información y contexto:

Notas de prensa sobre masacres,
imágenes televisivas de pueblos tomados,
fotografías de mutilaciones,
testimonios de secuestros.

Expedientes de políticos infames que, directa o indirectamente, se aliaron con los asesinos para atentar contra nuestra población civil.

Reflexiones sobre nuestra historia que vayan más allá del cuento rosa en las escuelas.

Que nos ayuden a entender, a entendernos.
Que se atrevan a revisar la gomina con la cual se peinaban nuestros próceres,
el moho que recubre nuestras estatuas,
el daño que nos han ocasionado ciertos gobernantes.

Ensayos que permitan reconocer el trasfondo de lo que se ve: el saqueo, los privilegios, la exclusión, la desigualdad, la sublevación, la represión, la guerra, la droga, la degradación, la barbarie.

Aquí agregaría ciertos objetos que simbolicen estos años violentos:

la toalla del guerrillero “Tirofijo”,
el sombrero camuflado del paramilitar Carlos Castaño.

Cadenas, grilletes, rejas, celdas, sogas, machetes, picos, navajas, bombas, tanques de gas, minas terrestres, motosierras, rifles, fusiles, fosas, tumbas, gladiolos, lápidas.

Elementos terribles, ya lo sé, pero son necesarios para que las futuras generaciones recuerden nuestro largo periodo de horror. Porque, como me dijo un sobreviviente de la masacre de El Salado, olvidar es hacerles un favor a quienes nos matan.

Y para no hacerles a los verdugos semejante favor, también propondría incluir en el museo muchas pruebas de dignidad y resistencia que nos han dado las víctimas:

Sus testimonios,
su dolor, su rabia, su éxodo, su búsqueda, su exilio,
sus dificultades,
su resarcimiento.

La cumbia que valientemente se atrevieron a bailar; años después, en la misma cancha donde sus parientes fueron acibillados,

las coplas con las cuales celebran la vida que les queda,
los negocios que fundan,
su temple, su grandeza, la indulgencia que le conceden al asesino, el ejemplo que nos regalan a nosotros.

En el museo incluiría versos, pues, como decía Aristóteles, “la historia cuenta lo que sucedió y la poesía, lo que debió suceder”. Entonces acudiría a Juan Manuel Roca para recordarles a los visitantes que “en este país hay una confusión de calles y de heridas”, pero también mujeres “capaces de coser un botón al viento”.

Habría música porque somos un país que lucha cantando. Un porro de Lucho Bermúdez por aquí y una chirimía de “Son Bacosó” por allá. Ah, y la comida, con la cual expresamos nuestras querencias: el guiso de mi abuela, el sancocho de tu tía.

Al final quedaría claro lo mismo de siempre: el país es tan maravilloso que resiste eso,
lo que somos.